

aquel Angel exterminador, abrieron tratos con Boves, para que cesase las operaciones, bajo la seguridad que él, Bolivar y demas gefes de la insurreccion abandonaban el pais, como lo verificaron, embarcándose para las Islas Margarita y Jamaica. Dueño del país, Boves trató de la espulsion de los criollos más influyentes de aquella tierra, y en aquellos momentos tan favorables para la causa de España, ocurrió la Urica en la que murió el bizarro Boves. Aquella fué la desgracia del país.

Desembarcó Murillo con sus hermosas tropas de línea, lleno de orgullo y arrogancia, y desoyendo los consejos saludables de Morales, sucesor de Boves, y otras personas condecoradas de la verdadera situacion del país, y la acertada guerra que convenia hacer á la insurreccion de los criollos; éstos que mañosamente se introdugeron en el consejo de aquel general en Gefe y su estado mayor, y juzgó más acertado el sistema de guerra Europeo de mapas y compases. Sobre todo llevó Murillo á América, aquella preocupacion de los Generales de línea contra los guerrilleros, que al finalizar la guerra de la independencía en la península, tomó tan grandes como injustas proporciones. Abrió Murillo la campaña con la guerra de línea, con su egército, y en un principio con brillante éxito que luego se eclipsó. Las reliquias de Boves, los valientes Llaneros, fueron embebidos en el egército, y empleados á la manera de la Jendarmería en los egércitos de Europa. Columnas enteras se pasaron (*sic*) al partido de la insurrección con el Bizarro Gefe Paez á Bolivar y demás caudillos que regresaron á Costa firme, á atizar y dirigir la insurreccion; y el Conde de Cartajena, despues de haber marchitado sus laureles se volvió á España, victima de la alevosa guerra que le hicieron los criollos, tanto por la prensa en España misma, como valiéndose de otros infames medios.

Sanabria sacó de su cartera sus despachos de cabo, sargento, subteniente y Teniente de Caballería, espedidos á su favor, en nombre del Rey D. Fernando 7º y su oja de servicios, y los entregó con la mayor humildad al padre Bringas, que estaba fatigado de tres horas de sesion y dispuso que Sanabria, acompañado de los comerciantes, Irigoyen y Rivas, fuese á pasearse y ver la ciudad, y á mí me dijo que me quedase con él.

Solos en mi habitacion, el Padre Bringas, hizo que le le-

yese todos los despachos y certificaciones del mestizo. Quedó atónito al ver tanta pobreza en un jóven, y me dijo: «amigo mío, todos los generales que ha habido en la guerra de Méjico, ninguno tiene la cuarta parte de los servicios de este pobre mestizo. Sólo he conocido uno que le iguale, pero no que le supere, este fué: el asturiano coronel Hevia, que murió al pie del cañon, en el sitio de Córdoba, haciendo la punteria. Hevia fué, sin disputa, el mejor gefe militar que hubo en Méjico.»

«Sanabria es un diamante que no tiene precio. Tenia V. razon que era el hombre á propósito para organizar y mandar las tropas en Tejas, y con el tiempo él será General en Gefe del ejército de Nueva España. ¡Qué modestia, unida á su valor y gallarda presencia! La Providencia nos ha acordado este Macabeo.»

Le dije al P. Bringas que el día siguiente le iba á proponer á Sanabria que estendiese una nota de todos los efectos de guerra que necesitaríamos en Tejas, para organizar la columna infernal á imitacion de la del gefe gallego Boves, en Costa firme. Le pareció muy bien esta prevision. Y me convidó á dar un paseo al Jacal del Padre Sedella, con quien refrescaríamos y tomaríamos una gicara de chocolate. Así lo hicimos, y el padre Sedella nos hizo tomar una sangría al uso de andalucía, fria como la nieve, y chocolate labrado en Veracruz. Ya de noche, nos retiramos, acompañé al P. Bringas á su Casa y yo me retiré á la mía, donde encontré á Sanabria en compañía de los dos comerciantes. Despues de un rato, se retiraron á sus respectivas posadas y quedámos solos Sanabria y yó. Mandé á mi patron que llevasen un catre á mi cuarto, para que se acostase el nuevo huespede cerca de mí: cerramos y despues de fumar un cigarro nos acostamos y dormimos perfectamente.

A las cinco de la mañana nos lebantamos y salimos á paseo Sanabria y yo, y en una casita de campo tomamos un gran baso de leche de vacas ordeñada al pié de la vaca, y continuamos el paseo con la frescura de la mañana.

Le hablé acerca de los preparativos que convenia hacer con tiempo, y que el Padre Bringas desearia que pusiese una nota de ellos. Me respondió que así lo haria en el instante que regresásemos á casa: que serían muy cortos, de poco costo y de fácil transporte. Que el no necesitaba mas que cien

hombres de desembarco en Tejas y que muy pronto aumentaria la columna con mas de quinientos mestizos, porque los soldados españoles no eran á propósito para el género de guerra que había que emprender. A las ocho de la mañana regresamos á nuestra habitacion. Tomó pluma y papel, y puso la nota siguiente:

Mil clavos de fierro finos para chuzos ó lanzas.

Mil sillas de caballos con sus correspondientes arneses.

Mil machetes alemanes.

Ocho cajones de herraje.

Cuatro mariscales veterinarios.

Cuatro carpinteros con herramientas para labrar los palos de lanza.

Un cirujano con un botiquin.

Esto es todo lo que se necesita.

A las once de la misma mañana, vino á verme en mi posada el P. Bringas, hallándome ocupado con Sanabria acerca de los preparativos que convenia hacer con antelacion para la proyectada expedicion. Le presenté al P. Bringas la nota que habia estendido Sanabria. Le pareció bien sencilla, y muy simplificada en cuanto al coste. Le preguntó que número de individuos de guerra le parecia fuesen necesarios, para principiar la organizacion en el territorio de Tejas. Le contestó que «ochenta ó cien hombres selectos bastaban. Que llevando las monturas y armamentos respondia del aumento y organizacion de columna hasta el número de quinientos caballos con ginetes mestizos.» El P. Bringas le hizo observar que en la Nueva Orleans, podian contar de seguro con cien hombres que habian servido en la guerra de Méjico; y otros ciento cincuenta alemanes é Irlandeses que se iban á enganchar en Nueva York. «Padre mio, le respondió Sanabria, esa gente no nos puede servir mas que de estorbo, que de utilidad; es jente acostumbrada á la vida regalona, á la subordinacion y no hecha á la guerra de las montañas y de los bosques, y á atreverse con sed y hambre por grandes páramos y Sabanas, por donde tenemos que caminar, de dia y de noche, sin encontrar poblado. Yo iré á Veracruz y de la tierra caliente, traeré aquí veinte y cinco á treinta mulatos, jóvenes robustos, que valen mas que doscientos españoles, alemanes é Irlandeses, que es jente floja y lebantada, que con su soberbia nos desprecian á los mestizos. En la Isla de Cuba deben

vivir mas de doscientos soldados que se refugiaron de Maracaibo con el General Morales, y entre ellos los hay que sirvieron con Paez y conmigo, y bastantes sargentos de mucho valer. Si pudiese contarse con ellos, seria una buena adquisicion, aunque no fueran mas que cincuenta, y todos los sargentos. Vuestra paternidad y el señorito pueden pensar el modo mejor de atraerlos, debiendo saber, como lo sé por cartas de ellos, que aquellos hombres están desesperados con la vida inactiva que tienen en el día. Vuelvo á decir á vuestra paternidad, que me basta llevar á Tejas ciento, ó ciento cincuenta mestizos para principiar la campaña.»

«Tratarémos de este punto detenidamente,» dijo el P. Bringas y dirigiéndose á mí, añadió, «ahora conviene que V. y Sanabria, vayan á verse con el Padre Sedella para que les indique un carpintero y un herrero de toda confianza, y con ellos traten de forjar las puntas de lanza, y el modelo de las sillas vaqueras.»

Nos dirigimos al Jacal del P. Sedella, que nos recibió con el afecto que siempre, y habiéndole espresado el obgeto de nuestra visita, llamó á uno de sus criados y con él á un carpintero viejo Español, su feligrés, hombre que hacia muchos años recidia en la Nueva Orleans. A poco rato trageron al tio Cristóbal, anciano de mas de setenta años. Se le manifestó lo que deseabamos, y se le dibujó en un papel la prenda que convenia nos labrase lo antes posible. El tio Cristóbal se enteró del modelo dibujado y de sus dimensiones, y nos dijo que convenia fuésemos con él al taller de carpinteria y que la pieza la labraria el mismo en nuestra presencia. Nos pareció acertada su propuesta y nos encaminamos á la Casa y obrador del tio Cristóbal. Su oficina la encontramos bien montada, de toda clase de erramientas y con bastantes oficiales ocupados en su Establecimiento. Escogió un tarugo de madera fina, de cerca de media vara que lo desgastó hasta mas de una cuarta; sacó y afinó la punta del clavo que debia afianzarse en la lanza, y rematado la punta ó clavo ofensivo. Lo torneó y la obra quedó perfecta y á contentamiento de Sanabria, que regaló al carpintero dos duros por su trabajo.

Volvimos al Jacal del padre Sedella, y le enseñamos la obra del tio Cristóbal, diciéndole que era preciso hacer aquel chuzo ó punta de lanza de fierro fino y le pedimos un buen

herrero y que fuese de confianza. Nos envió á la Casa de un mulato jóven, su feligrés, sugeto de toda confianza. Nos cerramos en la fragua y le pedimos que forjase una pica igual al modelo de madera; pidió esplicaciones, acerca del uso á que lo debíamos destinar, para nivelar la fuerza y espesor del chuzo. Se le dijo que era para modelar una lanza de Caballería, á manera de los vaqueros de costa firme, y que se necesitaban una ó dos docenas para remitirlas á una hacienda de tierra de Méjico. Sobre todo, se exigía que tuviese buen temple de azero, y que no pudiera quebrarse con la pujanza de un toro. Hizo algunas observaciones juiciosas sobre el principio del chuzo, que nos parecieron juiciosas, y quedó en labrar un modelo de fierro en bruto, y que estaría acabado en toda la tarde de aquel día. En efecto, el siguiente volvímos á la herrería y nos mostró el modelo, con las modificaciones hechas sobre el de madera. La encontramos á medida de nuestros deseos.

Pasamos luego á tratar el coste que podían tener dos docenas, fabricadas con parte de azero, y de un temple fuerte, y pulimentado. Nos pidió doce duros por las veinte y cuatro picas. Nos conformamos y el maestro herrero, nos aseguro que estarían acabadas dentro de cuatro días y que podíamos pasar por su casa. Cumplido el término, fuimos y hallamos la obra acabada y con una perfeccion asombrosa y de un brillo tal, que parecia, que estaban fabricadas en la mejor fábrica de Manchester. Nos dijo el mulato: «las pueden Ustedes llebar con toda confianza, bajo la seguridad de que por el fierro no han de faltar, y que antes se quebrantará la vara, que saltar ni torcerse el fierro.» Le entregamos los doce duros en que nos convenimos, colocamos los fierros en un seron y un negro nos lo condujo á mi posada.

En cuanto á las sillas vaqueras que se acostumbra en América, encontramos el modelo, en cuatro arneses completos que tenían los comerciantes españoles que estaban en Nueva Orleans.

Sanabria dijo al P. Bringas, que por su parte estaba todo concluido por entónces, que necesitaba regresar á Veracruz á la Casa de sus principales y que llegado prepararía el terreno con su compadre el Coronel mestizo Vázquez, se pondrían de acuerdo con los gefes jarochos de la tierra caliente, para cuando llegara el momento de pronunciarse. El Padre

graduó de muy justa semejante demanda, y encargó á Irigoyen, que indagase qué buque estaba listo en el rio ha hacerse á la vela con destino á Veracruz. Practicada esta diligencia, resultó que el primer buque listo y cargado, era la Goleta americana Geni, que se haría á la vela dentro de dos dias. Se ajustó el pasaje y se hicieron todos los preparativos para el viaje de regreso.

El P. Bringas dispuso que ademas de pagar el pasaje de Sanabria, Irigoyen le entregase por via de gratificación doscientos duros; y que desde Veracruz pidiera lo que le hiciera falta.

Sanabria le dió las gracias y dijo que sólo tenía que pedir una gracia á su Paternidad. Que como verdadero cristiano, quería hacer con él una confesión general, antes de su partida. El Padre le abrazó estrechamente, y le recomendó que en toda aquella noche se preparase á un verdadero exámen de conciencia, y que á las seis de la mañana le confesaria en el Jacal del P. Sedella, y que comulgaria en la Parroquia, por mano del Capuchino. Todo se realizó el dia siguiente, habiendo asistido al acto solemne seis comerciantes y yó. Se celebró una misa solemne y se hizo una gran limosna á los pobres, y nos retiramos de aquel acto majestuoso y religioso y á algunos se les soltó las lágrimas de ternura. El Padre Bringas estaba alelado con Remigio Sanabria, y nos dijo que aquel jóven mestizo estaba predestinado por Dios á egecutar grandes cosas á favor de la humanidad y de la religion cristiana.

Llegó la hora de la partida, y el Padre Bringas le abrazó llorando y le echó al pescuezo un escapulario bendito con varias reliquias, y se despidió de él hasta la vista. «Así lo deseo de todo corazon, Padre mio,» fué la única contestación de Sanabria.

Irigoyen y yó, acompañamos á Sanabria en un vapor, que se ocupaba en trasportar pasajeros desde la Nueva Orleans hasta la balisa ó desembarcadero del Rio Mississipi al mar. Allí se traspasó á la Goleta Geni, y se hizo á la vela en rumbo de Veracruz el 2 de Diciembre de 1827, y nosotros regresamos á la Ciudad.

La misma noche de mi regreso de despedir á Sanabria, tube una larga conferencia con el P. Bringas, y después de haberle manifestado el lisongero estado que presentaban

nuestras cosas, le espuse la necesidad de celebrar una junta general con todos los socios de la Empresa, para tratar de todos los preparativos de la expedición. Hasta aquellos momentos, tuvimos la fortuna de que nuestros enemigos no se apercebieron de los trabajos que traíamos entre manos; ni las mismas autoridades del país tuvieron el menor motivo de queja, según nos lo había manifestado el Cónsul General de España.

Me encargó el P. Bringas que convocase á los amigos para la siguiente noche en mi alojamiento.

Concurrieron puntualmente los comerciantes y se les enteró del Estado de las cosas, y que se abanzaba en la operación de resultas de la venida de Sanabria, urgiendo extraordinariamente que se activase la subscripción y reunión de fondos, y confeccionar lo más pronto posible las prendas militares que se necesitaban.

La comisión encargada de proporcionar fondos, manifestó que tenía reunidos quince mil duros y que estaban gestionando para aumentar esta suma.

Se acordó que el Sor. Rivas fuese á Nueva York á verse con Peter Armony, le hiciese relación de lo que habíamos adelantado y el estado de la empresa. Que se le remitiesen dos clavos ó puntas de lanza, para que en aquella ciudad se forjasen con todo sigilo otras quinientas por de pronto; y la silla vaquera, que debía servir de modelo, para construir otras quinientas, aunque más sencillas y fuertes, de manera que costasen lo menos posible, lo mismo que los bocados, estribos á lo moruno, y el correaje muy sencillo y ordinario. Que viese si en aquel comercio podía proporcionar quinientos machetes alemanes, de los que remiten para los vaqueros y jarochos de las haciendas del Reyno de Méjico y costa firme. Que también sería preciso adquirir unas quinientas carabinas rifles para la infantería. Por fin se le dieron todas las instrucciones necesarias, para que partiese dos días después para Nueva York.

Se necesitaba otro comisionado que fuese á la Habana á verse con comerciantes españoles de confianza que negociasen el medio más seguro de sacar de la Isla de Cuba el mayor número de Zambos, de los que de costa firme habían emigrado á aquella Isla, con el general Morales y otros gefes españoles. Ninguno de los comerciantes presentes, quiso en-

cargarse de tan arriesgada comisión. Se acordó entonces el Padre Bringas, que entre los religiosos que le acompañaron á Nueva Orleans, había uno natural de Cumaná, algo quebrantado de salud y que deseaba pasar á la Habana y fijarse en el convento de San Francisco de dicha ciudad para el restablecimiento de su salud. Propuso á dicho religioso, y que llevase carta suya, para varios individuos de aquel convento, y que se encargase de negociar con toda reserva, lo que deseábamos. La junta se conformó con la propuesta del P. Bringas, y se le autorizó para todo.

Hizo venir á su posada al religioso franciscano misionero, y le propuso el viaje, que lo aceptó con mucho gusto. Le instruyó de cuanto tenía que hacer, ayudado de los frailes de costa firme que había en aquel convento, pero sin comprometerse y guardando el mayor sigilo. Se le proveyó del correspondiente pasaporte del cónsul Español, se le tomó pasaje y habilitado de unos cuantos duros, se marchó á su expedición.

Quedamos desembarazados por entonces, y tranquilos con el apoyo del cónsul, y satisfechos de que no hubiese transpirado nada de lo que traíamos entre manos.

A los quince días de haber partido el misionero al Colegio de Nakadoches, el Padre Bringas recibió una carta suya muy extensa, en la que le participaba su feliz arribo y su instalación. Estaba muy contento, por hallarse bien alojado, bien mantenido y tratado con toda consideración. Decía que aquel edificio de nueva fundación, se asemejaba más bien á un convento, que á un seminario de instrucción literaria. Que el Director y el mayor número de profesores eran sacerdotes Irlandeses, y corto el número de seculares. Que entre los primeros le parecía que había hombres muy ilustrados en las ciencias eclesiásticas, y que los segundos eran profesores de matemáticas, de geografía, dibujo, física y química. Que estos profesores eran todos protestantes americanos. Entre ellos había un profesor de francés y español, aunque no sabía hablar el español ni medianamente. Que el País era hermoso, lleno de bosques, florestas, praderas y riachuelos, pero escaso de habitantes. Que en los prados había mucho ganado vacuno y lanar, por cuya razón la leche, manteca y queso fresco abundaba.

Decía que como recién llegado y hablando sólo en latín

que era el único idioma con que se podía hacerse comprender, no estaba instruido en los pormenores del plan que traían entre manos los Estados Unidos, respecto de enseñorearse del territorio de Tejas. El joven profesor de lenguas, en su champurreado castellano, en diferentes escursiones ó paseos que dió con él, le había revelado confidencialmente, que en efecto se trataba en erigir el territorio estenso de Tejas en república de Fridonia y anexionarla á la unión, como uno de tantos estados ó estrellas de la República. Que á propósito de esto, se había hecho la proclamación algunos meses hacia. Los Directores ó representantes de este plan, que eran militares de alguna graduación, estaban introducidos en territorio de Tejas en el pueblo de Nacodoches y Natidoches. Llevaban en su compañía dos mil colonos regimentados, armados y uniformados; llevando por armamentos una carabina, un machete, una acha, pala, pico y azadon y una sierra. El uniforme consistía en pantalón y una blusa verde con sombrero de alas anchas de color de corteza de árbol, y un saco de lienzo con correas. Había algunos vestidos todos de paño ordinario, pero muy delgado, á manera de estameña de color de corteza de árbol. Que eran los agrimensores, medidores del terreno, é ingenieros de la colonia. La ocupación de estos colonos, era rozar los bosques y abrir caminos, conforme iban marchando, y formando á ciertas distancias grandes barracones ó rancherías, y colocando en ellos á los colonos casados que caminaban con la colonia. Se reemplazaban á estos colonos, con nuevos emigrantes que llegaban diariamente, compuestos de alemanes, holandeses, Irlandeses, y habitantes de los Estados Unidos. En los barracones formaban grandes almacenes de víveres y utensilios y menages de cocina, que se distribuían á los colonos de las rancherías. De Nadakoches salían continuamente grandes convoyes de víveres y menage para las rancherías habitadas, en brigadas de mulas y carritos de mulas.

En una palabra, decía que había mucha actividad. De los estudiantes ó colegiales, decía que los había pensionistas colocados por los particulares americanos, para que recibiesen la instrucción literaria, pero que eran en corto número. El mayor, se componía de pensionados por el gobierno de la Unión, jóvenes desde 16 á 20 años, que habían recibido instrucción en colegios del interior é iban allí á perfeccionarse,

y particularmente á estudiar el megicano y algunos dialéctos del país para poder ejercer en lo sucesivo en la colonia, el empleo de intérpretes y servir de ministros de la religión cristiana en los pueblos que se fundasen. Todos estos colegiales pensionados, eran católicos, que se habían educado en pensiones ó colegios del interior.

Creía el misionero, que estos centros de educación, eran de secta de Jesuitas. Estas particularidades que contenía la larga carta del misionero, es de lo que únicamente me acuerdo.

Esta carta del joven misionero, lejos de haber alarmado al Padre Bringas le tranquilizó enteramente. Me dijo: «esto no nos debe dar cuidado.»

El sistema que ha adoptado el Gobierno de los Estados Unidos, creía el P. Bringas, que era un sistema seguro para conseguir su fin, pero muy lento: «han de pasar mas de cincuenta años, antes que pueda internarse hasta el centro de la Provincia de Tejas.»

Peter Armony, escribió á los comerciantes españoles, de conformidad con las instrucciones que se le habían dado y la nota de pedidos que se le hacían. Las puntas ó yerro, dijo que estarían corrientes á los quince días siguientes; los machetes también lo estarían, y las carabinas se habían mandado reunir en Charleston; y todos los demás artículos estaban corrientes. Que había determinado alistar dos Goletas velas y un vaporcito que sirviese de remolque de los buques de vela, en el caso de calma y para entrada de los ríos contra las corrientes. Que tocante al enganche de los soldados, lo había suspendido hasta nueva orden, en vista de lo que se le decía, de no ser necesario. Pedía nuevas órdenes y época fija en que deberían estar listos los barcos para hacerse á la mar.

Por la vía de Tampico llegó de regreso uno de los cuatro misioneros que se habían embarcado para México. Venía disfrazado de labrador, era joven y listo. De sus tres compañeros no habían llegado mas que dos á Orizaba, después de evacuada su comisión. El marqués del Jaral, tres gefes mestizos, estaban corrientes con el plan del P. Bringas. El marqués había celebrado una conferencia con el general mestizo Nicolás Bravo y quedaron conformes, siempre que no se tratase de introducir tropas españolas en el Reino y menos sus generales ó virreyes; que no se pusiese en planta un plan de venganza, limitándose á la separación de los generales, y u-